

El progreso del Peregrino (VIII)

Continuación

CAPÍTULO VII

Cristiano encuentra a Simplicidad, Pereza y Presunción entregados a un profundo sueño; es despreciado por Formalista e Hipocresía; sube por el collado Dificultad; pierde el rollo y lo halla otra vez.

Pasada esta escena, vi en mi sueño que Cristiano continuó su camino, y llegando a una hondonada, vio algún tanto desviados del camino, entregados a un profundo sueño y con grillos en sus pies, a tres sujetos que se llamaban Simplicidad, Pereza y Presunción. Se acercó a ellos, con objeto de despertarlos, y les dio voces diciendo: —*Despertad, que sois como los que duermen en lo alto de un mástil, que tienen debajo de sus pies el mar muerto, que es un abismo sin fondo. Levantaos y venid conmigo; yo os ayudaré también a quitaros esos grillos, porque si pasa por aquí el león rugiente, indudablemente caeréis en sus terribles garras.* Los tres se despertaron, fijaron sus miradas en Cristiano, empezando a contestarle del modo que sigue. Simplicidad dijo: —*Yo no veo aquí peligro alguno.* —Pereza añadió a su vez: —*Aún un poco más de dormir.* —Y Presunción se quejó por meterse en lo que nada le importaba; y con esto se entregaron de nuevo al sueño, dejando a Cristiano que siguiese su camino. Así lo hizo éste, aunque profundamente entristecido y lastimado de ver aquellos hombres, puestos en riesgo tan inminente, rehusar testarudos al que generosamente se había brindado, después de despertarlos de su funesto sueño y darles saludables consejos, a ayudarles a deshacerse de sus ligaduras.

Absorto en estos pensamientos marchaba nuestro buen hombre, cuando, con gran sorpresa, vio saltar la muralla que guardaba el camino angosto dos seres que, a pasos muy apresurados, se dirigían hacia él: sus nombres eran Formalista e Hipocresía.

Llegados al encuentro de Cristiano, se trabó entre ellos la siguiente conversación:

CRIST. —Señores, ¿de dónde venís y a dónde vais?

FORMALISTA e HIPOCRESÍA. —Somos naturales de la tierra de Vanagloria, y nos dirigimos en busca de alabanzas al monte Sión.

CRIST. —Pero, ¿cómo no habéis entrado por la puerta que está al principio del camino? ¿No sabéis que está escrito: “El que no entra por la puerta, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y robador?”

FORM. e HIP. —Los naturales de nuestro país consideran, y con razón, que para buscar la puerta necesitan dar un gran rodeo, y les es más corto y más fácil saltar por la pared. Es verdad que con esto traspasan la voluntad revelada del Señor; pero han adquirido ya esa costumbre, que data de más de mil años, y que tiene, por tanto, los derechos de prescripción. Seguramente, llevada la cuestión a un tribunal, un juez imparcial fallaría a nuestro favor. Además, la cuestión es entrar en el camino; el por dónde es lo de menos; tú has entrado por la puerta, nosotros lo hemos hecho por la valla; pero uno y otros estamos en el camino, y no vemos en ti ventaja alguna sobre nosotros.

CRIST. —No puedo en manera alguna ser de vuestro parecer. Yo sigo la regla del Maestro, al mismo tiempo que vosotros seguís nada más que el tosco impulso de vuestros caprichos, y sois, con razón, mirados como salteadores por el Señor del camino. Estoy cierto que al fin de vuestro viaje no seréis mirados como hombres de verdad y de fe. Habéis entrado sin el consentimiento del Señor, y saldréis sin su misericordia.

FORM. e HIP. —Será lo que dices, todo la verdad que quieras suponer; pero cuídese cada uno de sí mismo y deje en paz a los demás. Sabe que las leyes y ordenanzas las guardaremos tan escrupulosamente como tú; nada, pues, nos distingue de ti sino ese vestido, que, sin duda, te ha dado algún vecino para cubrir la vergüenza de tu desnudez.

CRIST. —En grande equivocación estáis, creyendo que os salvarán las leyes y ordenanzas,



Cristiano es bienvenido

1. La doncella sonrió. "Llamaré a dos o tres más de la familia," dijo; y Prudencia, Piedad y Caridad llegaron a la puerta.



3. "Quiero ir al Monte Sión," continuó, "pues allí espero ver vivo al que murió sobre la cruz. Le amo mucho porque él me libró de mi carga.



4. "¿Tienes familia?" dijo Caridad. "Tengo esposa y cuatro hijos pequeños." "¿Por qué no los trajiste contigo?" En esto Cristiano lloró y dijo: "Oh". ¡Con cuánto gusto lo



6. Cristiano durmió hasta el rayar del alba en una recámara llamada Paz, cuyas ventanas daban al oriente. Entonces despertó y se puso a cantar.



7. Por la mañana llevaron a Cristiano al archivo para leerle algunas de las hazañas famosas de muchos de los siervos del Señor del Collado.



"¡Entra!" dijeron, y Cristiano inclinó la cabeza y las siguió. Entonces, como la cena aún no estaba preparada, se sentaron a conversar con él.



hubiera hecho! Pero todos estaban opuestos a mi viaje, aunque les expliqué una y otra vez el peligro en que estaban sus vidas. Ellos temían perder los deleites de este mundo.



8. Luego vio la armadura que el Señor había provisto para los peregrinos y lo armaron de pies a cabeza para protegerse de los asaltos.



2. "¿Cómo derrotas tus molestias?" preguntó Prudencia. "Pienso en lo que vi en la cruz," contestó Cristiano.



5. La cena estuvo dispuesta y se sentaron. Toda la conversación giró sobre el Señor del Collado quien había sido un gran guerrero y había hecho príncipes a muchos peregrinos quienes, por naturaleza, habían sido mendigos.



9. Al día siguiente vio, desde la azotea de la casa, las montañas a lo lejos, cerca de su cielo deseado. Era la Tierra de Emanuel.

pues no habéis entrado por la puerta estrecha. Este vestido que llama vuestra atención me fue dado por el Señor para cubrir así la vergüenza de mi desnudez, y lo tengo por gran señal de Su bondad, pues antes no tenía más que andrajos. Cuando yo llegue a la puerta de la ciudad, Él me reconocerá como bueno y merecedor de ser en ella admitido por este vestido que de su voluntad me dio el día que me limpió de mi miseria. Además, llevo en mi frente una señal, que sin duda no habéis visto, puesta sobre mí por uno de los socios más íntimos del Señor el día en que se cayó de mis hombros la carga que me tenía tan abrumado. además de esto, tengo también un rollo, que entonces se me dio, con el doble objeto de que su lectura me consolase durante mi viaje y su presentación me facilitase la entrada a la puerta celestial. Sospecho que todas estas cosas os han de hacer falta, y carecéis de ellas porque no habéis entrado por la puerta.

Nada respondieron los dos a estas observaciones de Cristiano; únicamente se miraron uno a otro y se sonrieron.

Los vi después a todos tres siguiendo su carrera. Cristiano iba delante de ellos hablando consigo mismo, unas veces triste, consolado y alegre otras, y muchas leyendo el rollo que se le había dado y que le proporcionaba mucho aliento.

De esta manera llegaron al pie de un collado, llamado Dificultad, en el que había una fuente, y además del camino que venía desde la puerta, había otros dos, uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha, por el llano, llamados el primero Peligro y el segundo Destrucción. El camino estrecho subía derecho por el collado Dificultad. Cristiano se acercó a la fuente, bebió y se refrigeró. Empezó después collado arriba por el camino estrecho, cantando:

*Llegar quiero a la cima del collado,
Aunque tenga en subir Dificultad;
El camino de vida aquí trazado,
Seguiré sin temor ni desmayar.
Arriba, pues, valor, corazón mío;
La senda dura y áspera es mejor
Que la llana, que lleva al extravío
A la muerte y eterna perdición.*

Los otros dos caminantes llegaron también al pie del collado; pero cuando vieron su elevación y su gran pendiente, y que había otros dos caminos mucho más fáciles y que probablemente llevarían al mismo término que el que había tomado Cristiano para ir a la otra parte del collado, se resolvieron a ir por uno de ellos. El primero tomó el camino Peligro, y fue a parar a un gran bosque; el otro tomó el de Destrucción, que le condujo a un anchuroso campo lleno de oscuras montañas, donde tropezó y cayó para no levantarse más.

Volví mis ojos a Cristiano para presenciar su subida a la cumbre. ¡Cuánto trabajo y cuánta fatiga! No podía correr, y algunas veces casi ni andar; trepaba nada más ayudándose con sus manos. Afortunadamente, a la mitad de la subida había un agradable cobertizo, puesto allí por el Señor del camino para descanso y refrigerio de los fatigados viajeros.

Entró en él Cristiano y se sentó a descansar. Sacó del seno su rollo para recrearse y consolarse con su lectura, y lo mismo hizo mirando al vestido que se le había regalado al pie de la Cruz. Pero, mientras así se recreaba, le sobrevino el sueño, del cual no despertó casi hasta la noche, y durante el cual el rollo cayó de sus manos. Mientras dormía se le acercó uno, que le dijo: “Perezoso, ve a la hormiga, y considera sus caminos y aprende sabiduría”.

A esta advertencia despertó y, levantándose al instante, emprendió de nuevo su marcha con toda prisa hasta vencer la cumbre.

Continuará